

SERMON

DE SANTIAGO EL MAYOR.^(*)

(DE GONZÁLEZ.)

SANTIAGO FUÉ EL PRIMERO QUE PREDICÓ EN ESPAÑA LA FE
DE JESUCRISTO.

In Christo Jesu per Evangelium ego vos genui.

Yo os he engendrado en Jesucristo por su Evangelio.

1. á los cor. c. 4. v. 15.

Ilustrísimo Señor :

Deplorable es por cierto la situación del hombre durante su vida mortal! Colocado por el uso de la razón en una esfera muy superior á la que ocupan todas las demás criaturas racionales, aquella le abandona, y tal vez le perjudica cuando debiera serle mas interesante su ejercicio. Poseído de una peligrosa y aguda fiebre, le domina por lo comun un frenético delirio que llega á ocultarle el eminente riesgo en que se halla, y que le hace repeler hasta con indignación los medicamentos á que estaba vinculada su salud. Por desgracia el mismo desorden, si ya no es mayor que en el sistema político, se advierte en el moral. Cuando su necesidad es mas urgente; cuando se halla constituido en la posición mas crítica; cuando su alma toca ya en el borde del precipicio, entónces suele desconocer el peligro y aun tiene la imprudencia de mirar con desprecio los medios que le ofrece el Señor para librarse de él, y asegurar una suerte feliz en el tiempo y en la eternidad.

(*) Predicado en la catedral de Segovia.

Acaso no son muchas las circunstancias en que la España se ha visto amenazada de mayores males de alma y cuerpo que al presente. La relajación parece rayar en su término : la brillante antorcha de la fe en que cifra todas sus esperanzas y su gloria se presenta tan debilitada, que si desgraciadamente se viera expuesta á los duros combates que sufrió en los primeros siglos, es de temer que se apagara del todo, sin que tuvieran muchos imitadores los Vicentes y Lorenzos, las Justas y Rufinas, los Justos y Pastores. El espíritu funesto de la discordia agotando por momentos las fuentes todas de la prosperidad y de la vida, la conduce rápidamente á su extinción.

En tan críticas circunstancias ¿podremos mirar con indiferencia los medios mas eficaces de salvar nuestra religion y nuestra patria? ¿podremos olvidar que en la protección del apóstol Santiago hemos tenido siempre un recurso seguro en todas nuestras desgracias? Yo no puedo persuadirme, católicos, que se hayan debilitado vuestra religion y patriotismo hasta el punto de descuidar la conservación de vuestra fe y la felicidad de vuestra patria. Persuadido á esto, voy á recordaros que en Santiago tenemos un patron esclarecido que puede y quiere proporcionarnos la felicidad temporal y eterna, para que convencidos le tributeis la veneración debida, é invoqueis confiados su protección para que nos alcance del Señor el término de las calamidades que tanto nos afligen. Quiera Dios que corresponda el efecto á mis deseos. Pidámosle esta gracia por conducto de esa Virgen purísima á quien la sangre, la piedad, la gratitud y la religion hacen mirar con interes las glorias de nuestro apóstol. *Ave Maria.*

In Christo Jesu....

Sería de desear, Ilustrísimo Señor, que en nuestra devoción no tuvieran parte alguna el interes y el amor propio, y que toda se debiera al único deseo de dar á Dios la gloria que le es debida y de consagrarnos exclusivamente á su servicio, puesto que dependemos de él para todo; pero conozco cuán difícil es inclinar el corazón de los mortales á una virtud tan pura, y no se me oculta que el mismo Dios, para excitarnos á servirle, nos propone muchas veces la recompensa que en premio de nuestros servicios nos tiene preparada, no solo en la otra vida,

sino tambien en la presente. Ya nos promete el centuplo de cuanto sacrifiquemos por su amor: ya nos asegura que remunerará nuestro celo por observar las leyes de la justicia, haciéndonos poseedores de su reino inmortal, y concediéndonos por añadidura cuanto podamos apetecer en este mundo; ya empeña su palabra de hacer que cesen y desaparezcan todas las calamidades temporales, al oír las oraciones que le dirijan los hombres en el templo que ha elegido para su morada; ya ofrece una crecida recompensa á la pequeña misericordia con que por su amor tratemos de mitigar la sed de nuestro hermano con una escasa porcion de agua. Mas todo cuanto nos promete y debemos esperar de su beneficencia, ó es el mismo Dios, ó los bienes criados que sirven para promover en nosotros el conocimiento, el amor, la posesion del mismo Dios.

En este sentido no deberéis extrañar que procure yo recomendaros el honor y el culto de Santiago el mayor, patrono gloriosísimo de la España, y excitaros á que le dirijais confiados vuestras súplicas en todo género de necesidades, pues que tendrán generalmente un resultado muy feliz. Ya dije ántes que puede y quiere favorecernos.

Puede: si el que no puede faltar á sus promesas ofreció á todos los apóstoles, cuando sujetos todavía á muchas imperfecciones peregrinaban en este destierro, concederles indefectiblemente cuanto le pidieran; si entónces les prometió ya que con solo creer en su divinidad se verian revestidos de una virtud igual y aun superior á la suya; ¿nos será permitido dudar que será mas poderoso el influjo de este apóstol para quien fueron mas expresivas las demostraciones de su amor? ¿de este apóstol privilegiado con Pedro y Juan para testigos oculares de sus mayores prodigios, de su gloriosa transfiguracion? ¿de este apóstol que, fiel imitador de Jesucristo, llevó hasta el extremo, en sentir de san Epifanio, el amor á la virginidad, á la pobreza voluntaria, á todo género de mortificaciones? ¿de este apóstol que tuvo la gloria de abrir á sus discípulos el camino del heroísmo verdadero, enseñándoles á rubricar con su sangre el testimonio de la divinidad de su maestro? El Señor que por boca de su Profeta tiene empeñada su palabra de acceder en todo á los deseos de los que le temen viviendo en este mundo, no puede negarse á las súplicas de aquellos que tan de veras le aman, que tan reverentemente le adoran, y á quienes ha

hecho participantes de su misma gloria; y mucho ménos á las de un apóstol que, teniendo tan pocos ejemplares que poder imitar, tuvo la fortaleza de sacrificar gustoso su misma vida en obsequio de su Dios. De aquí la decision de la iglesia que nos enseña ser muy agradable al Señor, y de mucho interes para los fieles el culto y las oraciones que dirigen á los santos que reinan con Jesucristo en los palacios de su gloria; por lo que no nos es permitido dudar que el apóstol Santiago goza efectivamente un valimiento tan íntimo y eficaz con el Señor, que le asegura la consecucion de cuanto le pida para favorecer á sus protegidos.

Resta averiguar si los españoles somos incluídos en este número; ó lo que es lo mismo, si este apóstol tiene una voluntad sincera y decidida de proteger á los españoles. Averiguarlo! he dicho mal; resta solo recordarlo. Cuando España ciega con el error y esclava de la idolatría mas irracional y monstruosa, ignoraba hasta la promesa que Dios habia hecho á los hombres de enviarles el Redentor; cuando carecia aun de la mas confusa idea de lo ocurrido en Jerusalem con Jesus Nazareno; tan luego como el Espíritu santo descendiendo sobre los apóstoles, los ilumina, los llena de celo, infunde en sus corazones el activo fuego de la caridad, les inspira el proyecto de ahuyentar del mundo las tinieblas del error, y romper las cadenas del pecado y del infierno, y poner de manifiesto á los hombres y conducirlos seguramente por el camino de la verdadera inmortalidad; entónces la España es el objeto predilecto del amor, de los trabajos y sacrificios de Santiago: España llama todas sus atenciones. La Providencia, cuyos designios sobre esta nacion reclamarán siempre de sus pueblos el mas humilde, sincero y eterno reconocimiento; la Providencia, digo, le mueve, le separa lleno de complacencia de la nacion deicida, de la compañía de sus discípulos y aun de su mismo hermano, por conducirle á España que ignora la existencia de este astro tan brillante como benéfico, de este protector tan poderoso como decidido por conseguir su libertad. Lleno de un fuego divino, este glorioso apóstol se resuelve; arrostra los mayores obstáculos; se expone á los sacrificios mas dolorosos; emprende la conquista de este reino sin armas, sin provisiones, sin mas recursos que su fe, sin mas interes que el deseo de ganar á los españoles para Dios; atraviesa los mares; llega por fin á este venturoso suelo,

y sin perdonar fatiga, sin tomar descanso, discurre por las provincias, circula por los pueblos; planta en todas partes el árbol misterioso de la verdadera religion; derrama la luz de la verdad, la semilla de la libertad mas apreciable, el gérmen de la salud y de la vida, la idea de una bienaventuranza eterna á que tienen derecho los discípulos del Resucitado. Qué gloriosa, qué apreciable transformacion obra en España este hijo del trueno....!

No se me oculta que algunos críticos, envidiosos de nuestras glorias é interesados en oscurecerlas, oponen graves dificultades con las que pretenden impugnar la venida de Santiago á España, calificándola de ficticia, ó por lo ménos de dudosa en sumo grado. Preciso es confesar que el principal fundamento en que se apoya esta creencia es la tradicion; pero una tradicion cuyo principio no puede fijarse si no subimos hasta el tiempo en que se verificó el hecho que refiere; una tradicion que no se limita á un solo pueblo, á una sola provincia, sino que es universal en España y fuera de ella; una tradicion constante, que no ha padecido interrupcion alguna por espacio de diez y ocho siglos; una tradicion de que dan auténtico testimonio los admirables documentos que tenemos á la vista. Ese célebre, ese augusto templo, acaso el primero que vió el cristianismo públicamente construído para adorar al Hijo de Dios hecho hombre, y para venerar á su madre, ¿no presenta grabado con caracteres indelebles en cada una de sus piedras el nombre del apóstol Santiago? ¿No nos dirán esos severos críticos por qué otra mano, en qué otro tiempo, á qué otro fin ha sido erigido? Si este grande apóstol vuelve á la Judea; si su ardiente celo de propagar la religion y promover la gloria del Crucificado llama la atencion del tirano Heródes, y le proporciona ántes que á los demas apóstoles la palma y la corona del martirio, ¿quién y por qué razon sugiere á sus discípulos la idea de trasladar á España su cadáver? Si esta traslacion se quiere poner en duda como la primera venida, dígasenos en qué nacion, en qué pueblo, en qué templo, en qué parte del mundo se hallan y veneran sus preciosas reliquias? ¿Seria creíble que la Providencia, que tan solícita se ha manifestado en descubrir los áridos pero venerables huesos de todos los demas apóstoles, de tanta multitud de mártires, haciéndolos extraer ya de las profundas cisternas, ya del abismo de los mares, ya de los puntos mas ignorados y aun de los mas inmundos, para colocarlos en los tem-

plos del cristianismo, solo haya descuidado y dejado en el sepulcro del olvido los de este apóstol tan predilecto durante su vida, y que tuvo la gloria de anticiparse á todo el colegio apostólico para sacrificar su inocente vida en el altar de la religion? ¿Se hace creíble que esta misma Providencia haya podido autorizar con las pruebas evidentes de los milagros una creencia como esta, no siendo verdadera?

Nadie mas que la Providencia descubre despues de ocho siglos este apreciable tesoro. Unos astros sobre manera brillantes y extraordinarios aparecen en un terreno escabroso, cubierto de malezas, y en que con dificultad pudieran habitar las fieras. El obispo Teodomiro, instruído del prodigio por los muchos testigos que á todas horas le veían, temiendo no sea alguna ilusion, se acerca, le examina, se convence, no puede dudar de la verdad; sin embargo recurre á las oraciones, practica las diligencias oportunas, y consigue por último sacar de las entrañas de la tierra el sagrado depósito que se la habia encomendado para librarle de la profanacion de los infieles. Despues de esto hace examinar los escritos mas antiguos, las inscripciones, los pocos monumentos que se conservaban de la historia, y en ellos se ven designados los lugares en que acostumbraba á orar este digno apóstol, el en que habia celebrado el adorable sacrificio, el en que se habia ocultado á las pesquisas de los enemigos. El prelado poseído de júbilo y de admiracion, parte presuroso á la corte; instruye del prodigioso acontecimiento al rey don Alfonso el Casto; y este monarca deseando informarse por sí mismo, se dirige al lugar designado, llega, y apenas puede creer lo mismo que está viendo; y para manifestar su reconocimiento por tan singular favor como le dispensa el cielo, y por la predileccion con que mira el apóstol Santiago á su reino, hace construir un templo, á pesar de la escasez de recursos; designa el número de ministros que han de dar el culto y veneracion debidos á tan interesantes reliquias, y los dota competentemente. Se construye un templo pequeño, humilde, pobre en su origen, pero que se atrae las atenciones, la admiracion, las frecuentes visitas de nacionales y extranjeros; templo que sobremanera engrandecido con las excesivas liberalidades de los particulares y de los soberanos, erigido en metrópoli, enriquecido con los mas apreciables honores y privilegios, llegó á competir con los que en Roma poseen el te-

soro mas precioso en las reliquias de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y con los que en Jerusalem fueron el teatro de los misterios de nuestra redencion: llegó á competir, digo, en la gloria de atraer á los cristianos de todos los países, españoles, franceses, italianos, alemanes: de todo el orbe conocido acuden en peregrinacion, no dudando que por este medio se proporcionan seguramente el perdon de todos sus pecados, la mas completa satisfaccion de la divina Majestad ofendida con ellos, el amor y la gracia de su Dios, y el derecho á la participacion de su gloria. España es mirada con una santa envidia de todas las naciones católicas que tienen el placer de presenciar la decidida proteccion, el abrasado amor, la voluntad pronta y eficazísima con que Santiago la favorece. Puede decirse que son tan continuados los prodigios en favor de los españoles, como lo es la invocacion de su patrono; motivo por que no me es dado detenerme á referirlos, fuera de que demasiado los publican los hechos y las festividades instituidas para perpetuar su memoria, para estimularnos á la gratitud y promover nuestra confianza en tan interesante proteccion. La España toda no puede ménos de confesar que á solo el patrocinio de este apóstol debe su libertad, su engrandecimiento, su prosperidad y su gloria. El bello sexo...

Ay, cómo pudiera yo, señoras, recordaros de modo que jamas olvidarais el imponderable beneficio á que le sois deudas? Sin su auxilio cuál seria en el dia vuestra suerte? Cuántas, cuántas de vuestras hijas, parientas y amigas gemirian en la opresion mas vergonzosa y cruel? Cuántas acaso de vosotras mismas seriais víctimas de la brutal é insaciable lascivia de aquellos monstruos cuyo nombre todavía nos llena de espanto?

La nacion toda llevaria sin duda las cadenas insoportables de la esclavitud, si este esclarecido patrono no se hubiera dignado pelear por ella, venciendo milagrosamente á los implacables enemigos de Jesucristo y suyos. De aquí esos votos religiosos de cooperar á la consagracion y engrandecimiento del templo, al fomento del culto, á la veneracion y á la decente subsistencia de los ministros destinados para dar á Dios la gloria que le es debida, por habernos dado á Santiago por patrono; y las gracias, alabanzas y bendiciones á este defensor invencible por el celo infatigable con que ha promovido nuestros verdaderos intereses: de aquí la piadosa costumbre de invocar el nombre de

Santiago al entrar en los combates, infundiendo gran valor á los soldados: de aquí....

Mas cómo, apóstol santo, cómo no experimentamos al presente el benigno influjo de vuestro patrocinio? ¿se ha debilitado el poder de vuestro valimiento? ¿se ha entibiado el amor que profesabais á vuestros hijos? ¿consentiréis que despues que por vuestra proteccion vencieron completamente á los enemigos mas terribles, tengan la imprudencia de hacerse la guerra á sí mismos? ¿una guerra que necesariamente ha de conducirlos á su exterminio? No, glorioso defensor de la España, no; eso seria en cierto modo confirmar las sospechas de los que pretenden quitarnos la gloria de reconoceros por el padre de nuestra fe; eso seria desvanecer nuestra creencia: al contrario esta es la ocasion de manifestar que nos amais de veras y que nos habeis engendrado en Jesucristo. Presentaos en los campos horrorosos de batalla, no ya con la espada desnuda, porque no podreis proteger á unos sin ofender y perjudicar á vuestros hijos, á vuestros clientes, á vuestros amigos y patrocinados; aquí no pelean españoles contra africanos, cristianos contra infieles; unos y otros son españoles, unos y otros son cristianos; todos están bajo vuestra tutela y proteccion: presentaos, sí, en los campos de batalla, en los pueblos, en las provincias, en la corte con el ramo de oliva en la mano, é inclinad á los combatientes de uno y otro bando al partido de la paz y de la reconciliacion. Recordadles que el resultado de esa sangrienta lucha en que se han empeñado, no puede ser otro que el que nos indica el Señor en el Evangelio por san Lucas (1): *omne regnum divisum contra se, desolabitur*. Alcanzados la paz, la union, la conformidad de pensamientos é intereses: haced que todos aspiremos á un mismo fin y por los mismos medios; es decir, á la verdadera felicidad de la patria, á la conclusion de la discordia, y al aumento de la religion. De este modo nos atraeremos el respeto y aun el amor de los extranjeros; nos haremos temibles á los enemigos de nuestras glorias, y lograremos coger un dia el premio de nuestras virtudes en el reino de la inmortalidad. Amen.

(1) *Luc. c. 12. v. 25.*